En París, como hongos

Fernando Iwasaki

Advierto que no soy objetivo con la obra de Julio Cortázar, pues me encanta todo lo que escribió, desde sus cuentos más geniales hasta su correspondencia privada, como es el caso de estas *Cartas a los Jonquières*, que cubren un período de cincuenta años de genuina amistad y complicidad entre Cortázar y el pintor Eduardo Jonquières.

En realidad, el valor de *Cartas a los Jonquières* radica en el cariño que constela toda la correspondencia, pues los destinatarios son indistintamente Eduardo, su esposa María y la pequeña Maricló, a quien Cortázar compone poemas, dibuja bichos y dedica cronopios. Por supuesto que la literatura crepita en la prosa y brota espontánea en las confidencias, pero no se trata de un intercambio epistolar al uso, aquella donde los escritores se sienten conminados a hablar de otros compañeros, comentar obras ajenas o condolerse por los sinsabores de la vida literaria. Nada de eso encontrará aquí el lector morboso, porque *Cartas a los Jonquières* es una hermosa correspondencia entre amigos que celebran su amistad y las cosas buenas que les ocurren.

De hecho, el 5 de mayo de 1961 Cortázar apostilló en una posdata: «Viva el premio Formentor, y Borges! (Y Beckett, claro)» y en medio de cualquier comentario cuela elogios a Carlos Fuentes o Mario Vargas Llosa, quizá los más citados de todos los autores del «Boom». No hay ni quejas ni rebotes letraheridos, pues Cortázar pasaba de las intrigas –«Cuando pienso en mis colegas que se agitan, sudan corren a los editores y a los periódicos, se man-

---

Julio Cortázar: *Cartas a los Jonquières*, edición de Aurora Bernárdez y Carles Alvarez Garriga, Alfaguara, Buenos Aires, 2010.

dan cartas de explicaciones, hacen campañas de autobombo e interbombo... ¿Para qué, si lo mejor es cada tanto escribir un buen libro, y el resto corre por cuenta del libro y de los demás?» (5.05.66)– y hasta un rechazo de editorial Sudamericana lo sorteó con ironía: «Julián Urgoiti me escribe deplorando no poder publicar «El perseguidor» y los otros cuentos que le dejé. Me promete hacerlo en 1959. Pero me voy a dar el gusto de decirle que no, y le escribo a Salas para que retire el original. Hay algunos placeres que uno tiene que dárselos en vida. Ya verás que me publicarán cuando esté muerto. ¿Por qué preocuparse entonces?» (19.04.58). Es más, dos de sus mejores piropos librescos no fueron para cuentos o novelas, sino para el *Tratado de Historia de las Religiones* del rumano Mircea Elíade (15.01.58) y *El otoño de la Edad Media* del historiador holandés Johan Huizinga (13.04.55).

En efecto, el apasionado corresponsal que era Julio Cortázar comentaba más exposiciones que novelas, siempre más conciertos que lecturas y por cierto más películas que libros. Los libros jamás desaparecieron de sus cartas a Eduardo Jonquières, mas no eran los protagonistas de la correspondencia. Así, no puedo dejar de resaltar su aguda y divertida opinión acerca de la película *Help!* de los Beatles: «Si viste la película, habrás advertido que sociológicamente es un documental de primera sobre la «alienación», tan celebrada y difundida en los salones de viejas sabihondas los viernes a las cinco. Ni los Beatles ni el director del film saben probablemente que han dejado un curioso testimonio del robotismo de los *sixties*. Primero de todo, los 4 Beatles son robots, muñecos de cera que no tienen relación alguna ni entre ellos ni con los demás (Símbolo evidente: la casa con las 4 puertas, que finalmente se compone de una sola habitación, pero tampoco ahí hay contacto posible, pues hasta para hablarse de cama a cama, los B. utilizan el teléfono y además se limitan a monosílabos muy británicos. Etcétera: es para dar frío si se toma la cosa en serio, por lo cual es mejor reírse de las aventuras absurdas que les ocurren a esos pájaros simpáticos)» (7.03.66). Para mí que los Beatles se le antojaban cronopios a Julio Cortázar.

Precisamente, lo que eleva estas *Cartas a los Jonquières* al estatuto de obra memorable, es que asistimos al nacimiento de los cronopios, esas criaturas verdosas y geniales que casi todos los

lectores de mi generación quisimos ser alguna vez. Así, en una carta fechada el 19 de enero de 1953, Julio Cortázar festejaba la simpatía de Eduardo Jonquières hacia los cronopios, a la vez que admitía su perplejidad por la desconfianza que le inspiraban los cronopios a críticos y escritores más bien severos, solemnes y campanudos: «...tus noticias sobre los cronopios me llenan de contento, porque yo los quiero mucho a esos bichos y me parecía que mis amigos eran injustos con ellos. Daniel me señaló con elegancia un reparo: se ve la facilidad, y que yo podría seguir indefinidamente agregando cuentos de cronopios y famas. Es cierto. Todo eso fue fácil, pero simplemente porque, al revés de lo que escribimos casi siempre los argentinos, fue obra de alegría y no de queja o protesta (como *El Examen*, que no fue nada fácil). Los cronopios me nacían en la calle, en el metro, en los cafés: cronopios por todos lados, metiéndose en unos líos horrendos, y siempre deliciosos y radiantes de simpatía ... Lo importante es que no he escrito para moralizar, sino que, postulados los cronopios, los famas nacen automáticamente y se oponen a ellos. El esquema cronopios-famas es primario y obvio. Hacer residir ahí la intención de mi librito es absurdo». Me duele decirlo, pero uno tiene la sensación de que muchos cronopios de los 60 se convirtieron en famas durante los 90, y que esos mismos famas han terminado liquidando a los cronopios.

Y es que los cronopios representaban sobre todo una manera de estar en el mundo, mismamente la de Julio Cortázar y Aurora Bernárdez, quienes vivían como hongos en París, igual que en las entrañables cartas a Rocamadour del capítulo 32 de *Rayuela*, pues sólo a unos cronopios como Julio y Aurora se les podía ocurrir renunciar a sus plazas de traductores en Naciones Unidas, con tal de no tener que vivir en Ginebra, una aburrida ciudad donde «la comida es tan perfecta que no tiene gusto a nada ... el sabor general de las cosas es algo así como el del papel higiénico mojado y envuelto en talco. Espero que esto te dé una idea. El pan es abyecto, y el vino no les hubiera dado la menor chance a las chicas de Noé, pobres» (). El caso es que Cortázar se lo contó así a Eduardo Jonquières: «Nos ofrecieron puesto permanente a Glop [Aurora] o a mí (por reglamento no podemos entrar los dos), en París, Nueva York o Ginebra. Ya te imaginas nuestra respuesta:

un *no* redondo y rotundo. Fíjate que con nuestra colocación, están *obligados* a contratarnos como temporeros cada vez que haga falta, y eso nos asegura por lo menos 6 meses de trabajo al año. Con eso nos arreglaremos para vivir. A mí ya hace rato que me contratan como revisor, y eso supone un sueldo mucho mayor que el de traductor; es decir que 4 o 5 meses como revisor vale por 7 u 8 como traductor. Nuestra decisión no ha sido previsora, pero no hemos firmado el pacto con el diablo. Eso sí, no quieras saber el asombro de los de la sección española» (2.06.52). Para la mentalidad española –mentalidad de fama por excelencia– no cabe que alguien renuncie a una plaza ganada en oposición.

¿Qué era España para Julio Cortázar en mil novecientos cincuenta y tantos? Cortázar quería y admiraba a España, pero «lo que me ocurre es que me siento ajeno al carácter español, a esa falta evidente de flexibilidad mental y moral, a lo poco europeos que son, a su rápida jactancia –que les hemos heredado–, y hasta me molesta físicamente la grosería y la falta de gracia de sus mujeres» (27.05.56). Como se puede apreciar, Cortázar estaba despachándose a sus anchas, porque le escribía a su mejor amigo y no había razón para ser diplomático («Como sé que eres un entusiasta de lo español, no te ocultaré que mis impresiones son menos favorables de lo que yo mismo esperaba»). Incluso cuando le contaba a Eduardo Jonquières que Aurora estaba leyendo a Galdós, Cortázar consignaba entre paréntesis: «hay gustos para todo» (11.02.56).

Sin embargo, me llama la atención que tuviera una visión emocionada y condescendiente de la fiesta brava: «Se podrá hablar un día entero de la decadencia de la tauromaquia, de lo mucho que hay de malo, las famosas homelías sobre la crueldad, etc., pero hay algo que queda en pie, y es a la hora de la verdad, es ese momento en que toro y torero están solos y toda la plaza guarda silencio hasta el minuto perfecto del torear ceñido, y los «óle!» que festejan sucintamente cada cita y cada pase».

En resumidas cuentas: un libro delicioso y perfecto para los lectores incondicionales de Julio y para todos los cronopios que –a diferencia de los famas, tan pendientes de la cuenta de resultados– jamás nos damos cuenta de los resultados ©